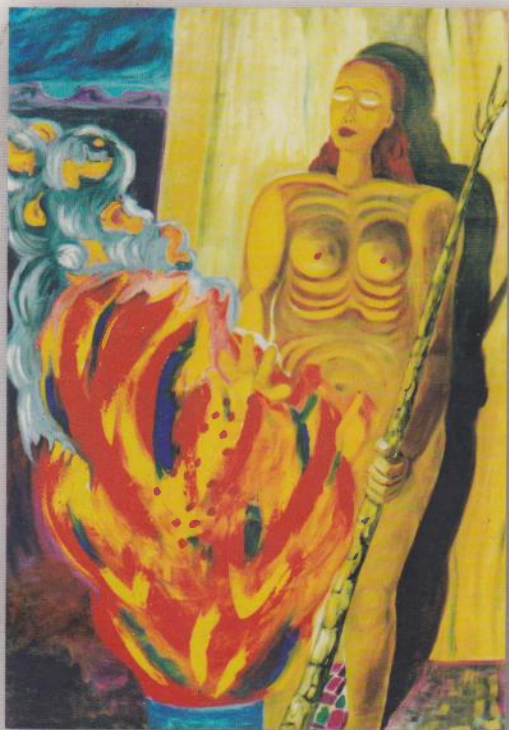


Sol/arena
cinco

miguel r. mendoza

El ángel a la orilla del camino



74

j.1

miguel r. mendoza

El ángel a la orilla del camino

Mendoza Madrid, Miguel Ramón, 1901-1966
El ángel a la orilla del camino / por Miguel R. Mendoza
1a. ed.
Chihuahua, Chih. : Doble Hélice Ediciones, c 2004.
210 pp. ; 21 cm.
ISBN: 968-7731-45-1
PQ7297 .M4 A7 2004
1.-Novela mexicana-Siglo xx

En portada: *Fuego*, óleo sobre tela de 80x110 centímetros. Autor: José Pedro Gaytán, 1987.

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluidos fotocopia, grabación magnética o cualquier sistema de almacenamiento de información o de recuperación sin permiso por escrito del sucesor y de la editorial, en los términos de la Ley Federal del Derecho de Autor, y en su caso de los tratados internacionales aplicables, so pena de hacerse acreedor a las sanciones legales correspondientes, inclusive cárcel.

DERECHOS RESERVADOS, 1A. EDICIÓN, 2004.

- © Miguel R. Mendoza Madrid
 - © Miguel R. Mendoza González, sucesión.
 - © Doble Hélice Ediciones
- <http://www.doblehelice.com.mx>

ISBN 968-7731-45-1



IMPRESO EN MÉXICO
PRINTED IN MEXICO

Bibliotecas
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez



*A Rosario Castellanos, cuya lucidez mete miedo a los
mediocres y cuya ternura desarma a los envidiosos.*

*Para Roberto Blanco Moheno, quien me mostró en
sus libros lo que se puede hacer cuando se es uno
mismo y se escribe lo que se siente.*

"It is with the angelic eye that man beholds the world of his true substance"

Henry Miller.

Y fue arrebatado y llevado en espíritu sobre un monte altísimo, en el cual había un precipicio profundísimo, y aquí y allí piedras rotas en pedazos y rocas desiguales que salían afuera de las piedras; por lo que en ese precipicio era de aspecto miedoso de mirar. Y el Ángel, que llevaba a este monje, tanto lo empujó, que le echó debajo de ese precipicio; de modo que saltando, golpeándose de escollo en escollo, y de piedra en piedra, llegó al fin al fondo del tal precipicio, todo deshecho y despedazado, según a él le pareció. Y yaciendo maltrecho en tierra, díjole, el que lo había conducido: Levántate que aún te conviene hacer largo viaje. Contestóle el monje: Tú me pareces indiscreto y hombre cruel; me ves morir por la caída, que me ha despedazado, ¡y me dices que me levante! Y el ángel se le acercó a él y tocándolo le arregló perfectamente todos los miembros y lo curó.

Luego le muestra una gran llanura llena de piedras puntiagudas y cortantes y de espinas y tribulaciones; y dice que por toda esa llanura le conviene pasar con los pies desnudos, hasta llegar al fin, en el cual le convenía entrar...

Floreillas, de San Francisco de Asís.

Libro primero

Capítulo 1

La historia de esta aventura —mi encuentro con el ángel— comienza una Noche Buena. La más pinche Noche Buena que he pasado en mis diecisiete verdes años. Fue exactamente ese 24 de diciembre de 1957 que decidí irme de mi casa a correr mundo, a buscar aventuras. Las ganas de irme lejos, lejos, me entraron de repente, mientras caminaba, como a las diez de la noche, por la diagonal de San Antonio; es decir, del apartamento de nosotros, que está en Anaxágoras a la calle Rébsamen donde noche a noche me juntaba con mis cuates, otros pen-dejetes rebeldones como yo. Iba en busca del Charro y el Ciego a ver si entre los tres acabábamos para comprar un cartón de cerveza o una media de tequila. Ya me empezaba a alcanzar la cruda después del dizque “gran fiestón” de Noche Buena que había organizado mi hermana Leila, la mayor de la familia y que terminó en un rotundo fracaso. Me sentía muy triste y quería contarles a mis amigotes lo que sucedió en mi casa y de paso ver si uno de ellos o los dos eran lo suficientemente machos para mandar todo, todo, la familia y la decencia al cabrón y largarnos por esos caminos de Dios a ver a cómo nos tocaba... Yo sabía que de nada me serviría contarles mis penas más íntimas, mis desavenencias con el jefe, lo aburrido y nervioso que me sentía en mi casa, porque, viéndolo bien, mis amigos, aunque reatas hasta cierto punto, son muy menchos. Muchas cosas no las captan, otras ni siquiera les pasan por la cholla. Sí, son muy buenos cuates, pero no tienen visión. Son toscos, bobos y sin ninguna inquietud; son flojos, huevones hasta dar ansias. Yo tampoco estoy muy educado que digamos, es verdad. Durante el quinto año empecé a pintar venado. Me corrieron de la escuela por faltista y como mi jefe andaba en California, me aproveché de eso y ya no regresé. Pero a pesar de todo me las masco todas. Le entiendo a cualquier libro o revista que cae en mis manos porque mi papi tiene tonela-

Como Rima también ya se estaba poniendo mohína, la agarré en brazos y me puse a pasearla hasta que se quedó dormida. Apenas acababa de acostarla en su cunita cuando llegó mi tío. ¡Jijo!, hasta yo que traía mis tragos, me sentí avergonzado cuando vi la cara que puso al ver la casa toda batida y a mi mami sollozando.

Sin chistar, nos ayudó a arrastrar a mi papi hasta su cama y luego nos fuimos al comedor. Allí mi mamá le sirvió su porción de pavo que se comió en silencio, con uno que otro trago de limonada. Luego, de repente, se secó la boca con la servilleta y se paró. Muy emocionado, como si fuera a predicar, exclamó:

—¡Zenobia, hermana querida! Ahí tienes palpable el resultado de la impiedad y la herejía. Ahí tienes el castigo por haberte casado con on ateo. Pero no arriesgues más la vida de tos hijos. Te lo pide to hermano, to hermano del corazón, al que has hecho sufrir tanto con to traición al evangelio. Híncate aquí conmigo y oremos hasta que el Señor nos ilomine.

Mi madre no estaba de humor para discutir, y yo menos. Silencitos nos arrodillamos en la alfombra de la sala y reclinamos las cabezas en el sofá decididos a soportar la perorata que mi tío Chu le iba a endilgar a mi tata Dios.

Allá en el pueblecito del norte de Chihuahua, de donde es mi mamá y donde nos criamos los más grandes, cuando mi papá se fue de voluntario a la guerra española, me gustaba oír a mi tío predicar ante un escaso grupo de oyentes, unos cuantos inocentones que se atrevían a desafiar al cura y se hacían protestantes. Sus sermones eran harto divertidos porque revolvía papas y bofes, la curtiduría con la religión (había sido curtidor de pieles antes que ministro), a Hitler con Pancho Villa, salpicándolo todo con anécdotas pintorescas de cuando anduvo en la refulufia. Pero lo más chistoso es que mi tío tiene la curiosa costumbre — que ni en el seminario le pudieron quitar— de pronunciar la “u” como “o” con resultados verdaderamente regocijantes.

Ahora yo, nada reverente, lo veía con el rabillo del ojo y con el oído atento a ver qué puntachos se alcanzaba y cómo a las “us” las convertía en “os”. Con los ojos cerrados y la frente levantada empezó a invocar a Dios sonoramente, parándose sobre la punta de los pies como si así se acercara más al Creador.

—¡Padre nuestro que estás en los cielos! Señor todo misericordioso y todo amor. Padre de todo lo que existe, de las alimañas de la tierra y de los peces en el agoa. Baja to vista hasta este valle de lágrimas y mira

¡qui postrados y contritos a estas pobres criatorias toyas, enfangadas en el cieno, indefensas en el lodo del pecado. Tiéndeles to mano protectora y levántalos hasta to gracia. Levántalos, Señor, porque no saben lo que hacen. Porque cegados por el lojo y la molicie, por la insanía y el orgullo, solo boscan darle pávolo al coerpo que perece y será pasto de los grananos. Porque alejados de to sabidoría, se han olvidado que tienen on alma, on alma preciosa, joya de gran precio, que to les diste y que ellos no aprecian y la arrojan como vil chatarra a la pocilga de los mananos.

—¡Ilomíalos con to voz, Señor, para que encoentren de noevo el camino que condoce hasta ti. Para que conozcan la bienaventoranza que nos tienes prometida a todos los que acatamos tos mandatos sacrosantos. Has que esta joventod perdida de noestros días recapacite y reconozca sos yerros, y que ongida por la gracia, vuelva sobre sos pasos y se encamine hacia el templo en lugar del cabaret; hacia la oración y la penitencia en lugar del rocanrol y la francachela; hacia las agoas de, reposo del rey David en lugar de la lojoria y el desorden.

“En tos manos encomiendo a esta familia, para mí moy querida, porque son de mi propia sangre. Ellos te necesitan más que nadie en esta hora de tribolación y de vergoenza. No los abandones, Señor misericordioso. Así como en los tiempos de antaño paraste el sol y abriste las agoas del mar Rojo para que pasaran los jodíos, moéstranos hoy o mañana o pasado, pero sin que pase esta semana, porque el lones me regreso a atender a mi rebaño; moéstranos, Señor, ona señal, visible para que todos la vean, de que has escochado mi plegaria y que esta familia descarriada y descreída, estas ovejas tontas, han vuelto al redil. Te lo implora como on favor especial to homilde siervo, en el nombre santísimo de Jesocristo. Amén”.

Abriendo los ojos, como quien vuelve de un trance, sacó el pañuelo y se limpió el sudor de la frente. Mi madre quiso decir algo, pero él, con gesto imperioso se lo impidió.

—No hablemos más de esto, Zenobia. Esperemos la señal del Señor. Él hablará. Él dirá la última palabra.

Luego, volviéndose hacia mí, me ordenó: “Hijo, pon en la consola el disco *Noche de paz, noche de amor*. Quiero oírlo antes de acostarme. Es la ónica música que se debería tocar en este día. ¡Oír otra cosa es jugar con lombre!”.

Puse el disco que me pedía, aunque batallé mucho para encontrarlo entre tanto mambo y tanto chachachá. Y los tres nos quedamos silen-

bitos oyendo las campanitas de Navidad y la voz dulcecita de los niños que cantaban:

Noche de paz, noche de amor,
ved qué bello resplandor
entre los astros que esparcen su luz
brilla anunciando al niño Jesús.
Astro de eterno fulgor,
astro de eterno fulgor.

Capítulo 2

El fiasco de la fiesta de mi hermana Leila vino a cristalizar mi decisión de largarme de la casa, pero las causas venían de muy atrás. La verdad es que ya no me sentía a gusto entre los míos. Mi papá ya no me regañaba, pero no podía ocultar su disgusto hacia mí y mi conducta. Lo que hacía era peor y me calaba más hondo. Se hacía el indiferente: muchas veces me dirigía la palabra, me trataba como si no existiera, como si fuera un fantasma, peor que un arrimado. Ciertamente tenía razón. Hasta cierto punto, nada más. Yo era la chiva prieta de la familia, la deshonra del hogar. Yo no le daba gusto en nada; de nada de lo que yo hacía se podía jactar. Jorge, el que le sigue a mi hermana Leila, trabajaba en el aeropuerto; andaba siempre muy elegantón porque tenía que recibir a los turistas americanos por encargo de una agencia de viajes. Presumía que se metía con ellos en los mejores cabarets. Iba al Muralto, a Las Fuentes, al Villa Fontana. Les hablaba en inglés y ya le estaba tupiendo al francés. En fin, se daba mucho taco y se ponía a platicar con el jefe de cuadros, de discos, de películas y de libros, y mi papi le hacía caso. Le daba la alternativa, como dicen en los toros. Lo trataba de igual a igual.

Leila, que aunque sea yo el que lo dice, es muy guapa y muy suertuda; ganaba mucho dinero arreglando los permisos de importación de una agencia aduanal. Se vestía como una artista de cine. Tenía un chorrón de vestidos, zapatos y bolsas. "Ya párale. Ya no compres tanta garrá", le decía mi madre, que solo tenía media docena de vestidos elegantes que usaba allá cada venida de obispo —como dicen en los pueblos—, cuando a mi papá se le ocurría darse unas vacaciones y se la llevaba a Cuernavaca o a Pátzcuaro por dos o tres días. Como es natural, el jefe adoraba a Leila. Primero, porque es muy hermosa y todos dicen que se parece a él. Segundo, porque lo sacaba de todos sus apuros,

prestándole dinero —que nunca le devolvía— cuando faltaba el gasto de la casa. Y esto sucedía con mucha frecuencia, porque mi tata, a pesar de su talento y de todo lo que sabe, ganaba muy poco en Salubridad, en un pinchurriente empleo que aborrecía porque —decía él— su jefe era un cretino que no le permitía desarrollar sus ideas.

Sonia, la que me sigue a mí, no tan bonita como Leila, pero medio chispa y vacilona, estaba estudiando ballet y con eso traía al jefe en la palma de la mano, porque está chillado con todo lo que huele a arte. En cambio yo, aunque de vez en cuando hago mis versitos, que a nadie le enseño porque no me gustan ni a mí —a veces me parecen muy suaves y otros muy gachos—, no apporto nada ni en moneda ni en prestigio. No estudiaba, me juntaba con puros vagos, me emborrachaba y hasta llegué a venir a la casa todo ensangrentado después de un pleito callejero. Total, un desastre. Ya no tenía ni qué ponerme. Me acabalaba con las camisas y las corbatas de Jorge y me había entrado una huevonada del cabrón. Mi madre, la pobre, me tenía que dar a escondidas hasta para los cigarros, y cuando me veía muy greñudo me echaba mi regañadita y me despachaba con cinco pesos a la peluquería. “Dales nomás cincuenta centavos de propina y me traes el cambio”, me ordenaba.

Jijo, ya estaba harto de todo eso. Yo mismo comprendía que las cosas no podían seguir así. Había que cambiar. Y para cambiar no había más remedio que partir. Ya hacía mucho que me hormigueaban las patas. Sentía “la nostalgia de las fronteras”, como decía Lucho Galindo, un cuate muy reata que ya se había dados sus paseitos por Chiapas y Guatemala.

Me hubiera gustado correr esta aventura con él porque es rete vacilón. Y además tiene huevos. Y se alcanza unos puntachos brutales. Pero desgraciadamente Galindo no estaba ahora en México. Su jefe lo mandó un buen día a Minnesota a estudiar en un colegio gringo la industria de la leche porque tienen muchos establos allá por Veracruz. Me escribió dos o tres veces y luego... silencio... nada. Pobre. No me imagino qué le habrá pasado. Tal vez el trato continuo con las vacas lo habrá abueyado; aunque no, lo listo, como lo pendejo, no se quita y no se puede disimular.

Era rete vacilador mi cuate Galindo. Me acuerdo que en la temporada que fuimos juntos a la escuela hicimos una lista de todas las pendejadas que teníamos qué hacer antes de cumplir los veinte años. Tirarnos una negra; matar un chino, al cabo que hay muchos y son iguales; robarnos un coche; subir al Popo; asaltar un banco; darle la vuelta al mun-

do de trampas en un barco; probar el opio; y otras vaciladas por el estilo. Más de cien cosas de ese pelo.

Caray, ese hubiera sido el compañero ideal porque en todo estábamos de acuerdo. Pero ni modo, había que escoger entre los otros, mercancía de baja calidad y a precio de barata. Estaba seguro que entre todos ellos no había ni uno que me siguiera así nomás, sin pensarlo mucho. Todos eran muy patos. Le hacían “cinco cinco” a salir de la capital. Eran rebeldes de banqueteta. Se la pasaban todo el día platicando baboñadas, se tomaban dos o tres “caballitos” en la miscelánea, pellizcaban alguna gatita sonsa y ya se creían muy chichos.

Yo no. Yo quería correrla de veras. Conocer mundo. Embarcarme en algún puerto. Colarme a los Steits de mojado, hasta meterme de espía de los rusos, si de veras aflojaran bastante lana. Una vez hasta le escribí al embajador ruso poniéndome a sus órdenes para que me dieran alguna comisión de espionaje y dándole su coba acerca del comunismo, aunque no sé ni de qué se trata, ya que no me interesa la política, ni nacional ni internacional. Nunca me contestó el canijo. Solo me mandaron de la embajada un folleto donde decía que Rusia quiere la paz y otras pendejadas que nadie cree.

Al pasar por enfrente del Pingüino vi al Charro. Estaba sentado tomándose una Pepsi con una chamacota pecosa que siempre trae unas crinolinias muy engomadas que hacen mucho ruido para que todos se fijan en sus piernas, que no están mal, por cierto. Entré. Le eché un veinte a la sinfonola. “Tú no vales nada” —cantaba Tito Guízar—; me senté con ellos.

Allí nos estuvimos cotorreando el punto hasta que la niña dijo que ya era ora de recalar a su covacha porque la regañaban si llegaba después de las once. La encaminamos hasta Heriberto Frías y luego nos regresamos a Rébsamen a buscar al Ciego para ver lo del tequilazo y luego hacerles mi proposición.

Afortunadamente, el Ciego estaba en su casa ensayando en la guitarra un bolero muy de moda. Le hicimos una seña, dejó la guitarra y se salió antes de que su mamá, que estaba planchando unos pantalones para el hermanito, se diera cuenta de nuestras intenciones. La pobre señora no me puede ver ni en pintura. Dice que yo soy el que está pervirtiéndolo a su hijo. En mi casa dicen lo contrario.

Fuimos hasta Gabriel Mancera y por fortuna Nacho, el de la miscelánea que vende licor hasta las once, todavía no cerraba. Le compramos una botella grande de “gusanito” y fuimos a tomárnosla sentados

en los cimientos de un edificio que están construyendo en la esquina de Rébsamen y Luz Saviñón.

Ya cuando nos habíamos tragado media botella, les solté la nueva con lo del viaje.

Como ya no había qué tragar y ya estaba todo cerrado para comprar más, decidimos levantar la sesión. Quedamos el Ciego y yo en que en la mañana muy temprano nos veríamos para ultimar lo del viaje. Esa noche él se iba a clavar el relojito de pulsera de su hermana para empañarlo, y yo unos nicles que había visto guardar a mi jefa en un botecito del trastero, probablemente lo que ella ahorraba todos los días del diario que le daba mi papi. Le dimos un abrazo al Charro, que nos pidió que le escribiéramos para saber por qué rumbo andábamos y cada quien jaló para su cantón.

Casi no pude dormir dándole vueltas y vueltas en la cholla a lo de la aventura. Muy temprano me levanté, me tomé una taza de café y me freí yo mismo un par de huevos. Luego me empalmé dos camisas y dos pantalones, me metí unos pañuelos limpios en la bolsa y un par extra de calcetines de Jorge. Al último, muy quedito, me fui al trastero y me vacié en la bolsa el contenido del botecito de mami. Era bien poco: un billete de a veinte, cuatro de a cinco, dos o tres de a peso y unos veintes y cincos que no llegaban al peso. Anduve requiliteando por ahí a ver si había algo de valor, pero nada me gustó. Bueno, con eso y lo que el Ciego consiguiera bien llegábamos a Zacatecas o a Chihuahua y de allí ya veríamos.

Bueno, pues ya estaba listo. Fui al baño, me embrillantiné un poco las greñas, me cepillé los dientes, di unas vueltas por la sala, sin atreverme a largarme nomás así, sin decirles adiós en alguna forma. Todos estaban dormidos después de la trifulca de la noche anterior. Ya con la mano en el picaporte de la puerta el corazón me dio unos brinquitos muy raros, me tembló la mano y se me anudó la garganta. Entonces me devolví y muy quedito fui pasando por todas las recámaras, echándoles una última mirada a todos. Mi tío Chu roncaba ruidosamente, la cobija casi subida hasta los ojos, muy apretados. Mi hermano Jorge, en cambio, casi tenía las nalgas al aire, todo destapado por el calor y por lo inquieto que es. En la otra recámara, Leila y Sonia estaban muy quietecitas, cada una volteada hacia la pared dándose la espalda. En el cuarto más grande, papi y mami bien abrazados, como siempre, después de que se peleaban. Viéndolos así tan juntitos, me entró remordimiento por lo que los iba a hacer sufrir, pero no, me repuse. No había por qué rajar-

en la última hora. Pero donde sí sentí feo fue cuando vi la carita de Rima. Ella se me jalaba de a duro y el corazón se me achicaba. Arriesgándole que despertara le acaricié los ricitos y luego me incliné y le di un beso en la frente. Luego me salí de puntillas y bajé corriendo las escaleras.

Ya el Ciego me estaba esperando enfrente del edificio donde viven. Venía muy enchaparrado, con una gorra de pintor y guantes. Debajo del brazo una caja de zapatos.

—¿Qué llevas ahí?

—Nada, una camisa y un pantalón, un rastrillo y unas gotas para los ojos, a veces me arden mucho.

—Bueno, ¿estás listo?, ¿ya almorzaste?

—Pos fijate que no. La jefa se levanta muy temprano. Tuve miedo de que maliciara algo si le pedía almuerzo. Vamos al Puebla a echarnos una taza de café.

—No. Hay que alejarnos del barrio cuanto antes. Allá en el centro te echas unos tacos.

Tomamos el trole y nos fuimos a Neza, al Monte de Piedad. Ahí dejamos el relojito. No nos prestaron más que 60 pesos. Luego nos metimos a un restaurante y allí pasamos buen rato haciendo planes mientras nos tomábamos unas cervezas y unos tacos.

Luego nos fuimos a Buena Vista a averiguar lo de los autobuses. Como es más caro en autobús decidimos tomar el tren. Pero la mancha estaba en que el tren no salía sino hasta las ocho de la noche. Para evitar encontrarnos con algún conocido, decidimos comer y luego nos metimos al cine Río a ver unas películas francesas de mucho relajo y mucha pierna, según los carteles.

Como andábamos en plan de fiesta, despidiéndonos de la capital, cenamos y nos echamos otras cervezas con lo cual le dimos buena llegada a los nicles. Total, cuando hicimos cuentas, ya en la estación, vimos que solo nos alcanzaba para llegar a Aguascalientes, y eso en segunda. Pues, no le aunque, la suerte estaba echada. Compramos los boletos y nos sentamos a esperar la hora.

Al rato empezaron a gritar por el micrófono que ya estaba puesto el tren para Ciudad Juárez en la vía número siete. Nos fuimos tras de unas viejas con muchos bultos y al fin allá, casi junto a la máquina, encontramos un carro de segunda medio vacío. Nos acomodamos en un asiento cerca del agente de publicaciones y unas chivas. Poco a poco se fue llenando el coche de pasajeros, todos mugrosos, cansados, aburridos. No había ni una sola chamaca guapa. Puras viejas gritonas arrebujadas en